



*Chiche*

*Chiche*

# CHICHE

1a ed – Buenos Aires : Milena Caserola, 2026

86 p. ; 15 x 22 cm.

1. Poesía II. Fotografía

**Fotos de tapa e interior:**

Archivo familiar

**Diseño de tapa:**

Matías Reck

**Maqueta de interior:**

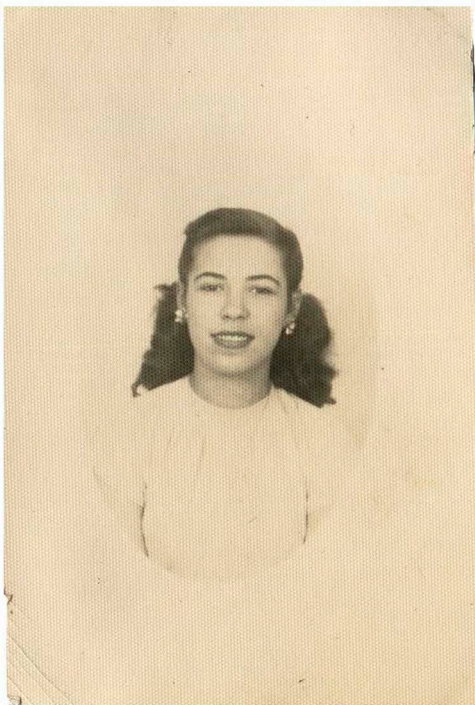
Iván Baldana

**Idea y Edición:**

Juan Baldana

Todos los izquierdos están reservados, si no remítanse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Por lo que privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopidora, es promover la *desaparición* de lectores.

IMPRESO EN ARGENTINA





# Madre

Este libro nacio de escucharte.  
De sentarme a tu lado y pedirte que me contaras  
otra vez historias que muchas veces ya conocía.  
Algunas las recordaba.  
Otras las había olvidado.  
Y otras, quizas, nunca las había escuchado de verdad.  
Con el tiempo entendí que no estaba juntando recuerdos.  
Estaba tratando de guardar algo de vos.  
Tu manera de contar.  
De reírte. De querer.  
De equivocarte. De seguir.  
Estas paginas no son tu vida.  
Una vida no entra en un libro.  
Son apenas algunas cosas que quedaron flotando  
después de noventa y tres años.  
Las que quedaron en mí.  
Las que recuerdo.  
Las que imaginé.  
Y las que necesitaba decirte.  
Porque hay cosas que uno cree que puede dejar para después.  
Hasta que entiende  
que después  
es ahora.

Tu hijo, Juan.

# Aca y Alla

A veces no quieres estar aca.

En estos 93 años, en estas arrugas, en este cuerpo que ya vivió tanto.

Entonces cerrarás los ojos y viajarás.

Volvés a la higuera. En tu adolescencia.

Roberto está del otro lado.

Todavía son jóvenes. Todavía está todo por pasar.

La vida los va a separar. Vas a creer que esa historia terminó.

Hasta que un día, cuando ya no lo esperes,

Roberto va a aparecer otra vez.

Más viejo. Vos también.

Pero el amor no.

A veces el amor no se pierde.

Solo espera.

Y a veces el recuerdo sigue de largo.

Hasta algún lugar muy dentro tuyo.





# Guitarra

Tenías cinco años y una guitarra enorme entre las manos.  
Antes de salir al escenario, el abuelo te esperaba atrás.  
Vos todavía recordás su mano calentita.  
Después tocabas.  
Y los aplausos te retumbaban adentro.  
Pero la guitarra se fue demasiado pronto,  
antes de que estuvieras lista para dejarla ir.  
Todavía te preguntás por qué.  
Quizás porque algunas cosas se van sin pedirnos permiso.  
Pero no todo lo que se va desaparece.  
Hay melodías que dejan de sonar y, sin embargo, se quedan con nosotros.  
Y a veces, sin saber por qué, vuelve esa música. Ese calor.  
Y vos, con cinco años, el corazón a punto de salirse del pecho,  
caminando hacia el escenario.  
Después, la guitarra.  
Y otra vez, los aplausos.  
Esos no se fueron con la guitarra.  
Todavía son tuyos.  
De esa chica llena de sueños  
que todavía no sabía todo lo que la vida le tenía preparado.

# La Negrita

De chica estabas convencida de que la tía Nelly era la linda.  
Ella era blanca. Vos eras negra.  
Y aunque decías: Ella es muy linda,  
pero yo soy muy “sinpáquita”.  
“Sinpáquita”, decías.  
Porque a esa edad algunas palabras todavía no obedecen.  
Y cada vez que lo decías, alguien sonreía.  
La linda era Nelly. Vos eras “sinpáquita”.  
Y por un rato, parecía alcanzar.  
Pero te importaba.  
Claro que te importaba.  
El abuelo se reía. Decía que todavía estaba buscando al carbonero de la esquina.  
Y un día la tía Nelly decidió resolver el asunto.  
La abuela tenía un enorme balde de acero donde lavaba la ropa.  
Tu hermana lo llenó de agua, le puso lavandina y te metió adentro.  
Después te dejó al sol, con los brazos abiertos,  
esperando que en algún momento salieras blanca.  
La abuela llegó y casi las mata.  
Vos no te blanqueaste.  
Por suerte.  
Porque unos años después esa misma negrita empezó a hacer obras de teatro  
en la puerta de su casa junto a su hermana mayor.  
Los chicos de la cuadra se acercaban.  
Algún vecino sacaba la silla. Y vos actuabas.  
No había escenario, no había telón y no había plata.  
Pero había público.  
Y alcanzaba.  
Después la vida siguió y el sueño de ser actriz quedó por algún lado.  
Como quedan algunos sueños  
sin cumplirse del todo, pero sin irse nunca.  
Cuando hablás de esos años no recordás lo que faltaba.  
Recordás el dulce de leche de papá. La rectitud de la abuela.  
Su carácter imposible y también su bondad.

Recordás el barrio, la vereda, tu hermana,  
los vecinos esperando que empezara la función.  
Decís que fue una infancia linda.  
Y debe haber sido así.  
Porque tus padres hicieron algo extraordinario:  
cuando la plata no alcanzaba, hicieron que alcanzara la infancia.  
Después creciste.  
Fuiste hija, hermana, mujer, madre, abuela.  
Pasaron casas, amores, hijos, nietos.  
Pero hay algo de aquella nena que llegó hasta acá.  
Cuando eras muy chiquita te portabas tan bien que tu mamá decía:  
Esta nena es un chiche.  
Y Chiche te quedó.  
Pasaron los años.  
Pasó una vida entera.  
Y aquella palabra que tu mamá eligió cuando todo recién empezaba  
siguió ahí.  
Chiche.  
Como si una parte de aquella nena  
se hubiera negado a crecer del todo.

# Contame

Contame otra vez.  
Aunque ya me lo hayas contado.  
Aunque yo ya sepa el final.  
Vos contame.  
Porque cada vez que lo contás,  
vuelve a pasar.  
La tía China diciendo:  
“La vida es cortita pero jodida.”  
Vos y tu hermana se miran.  
Se tapan la boca para no reírse.  
¡Dijo una mala palabra!  
Y de pronto el tiempo se equivoca.  
Las arrugas desaparecen.  
Los años se desordenan.  
Y en algún lugar donde el tiempo no sabe entrar,  
vos y la tía todavía se tapan la boca para no reírse.







# ALGUN DIA

Tenías diecisiete años  
cuando Roberto fue a buscarte al trabajo  
y te dijo que quería ser tu novio.  
Pero quería hacerlo bien.  
Su mamá y su papá  
iban a ir a tu casa a pedir tu mano,  
como se hacían entonces  
las cosas importantes.  
Llegaste al mediodía  
con la noticia escondida entre los dientes.  
Mamá, te tengo que contar algo.  
La abuela María Ester escuchó.  
Y dijo que no.  
No necesitó demasiado tiempo.  
Ella era así.  
Había aprendido a querer  
con una dureza  
que a veces se parecía demasiado al miedo.  
Roberto tenía un problema en el corazón.  
Y la abuela tampoco le veía demasiado futuro.  
Para ella, eso alcanzaba.  
Vos dijiste que estaba bien,  
que eras joven,  
que no pasaba nada.  
Pero las madres de antes  
sabían convertir el miedo en sentencia.  
Esa noche Roberto fue a buscarte.  
Vos le dijiste que no era el momento.  
Que eran muy jóvenes.  
Que tenías diecisiete años.  
Él te miró.

Entonces se lo contaste.  
Y Roberto no se enojó.  
No discutió.  
No prometió imposibles.  
O quizás sí.  
Dijo que iba a estudiar.  
Que iba a recibirse de ingeniero.  
Que iba a ser alguien en la vida.  
Y después dijo:  
Yo le voy a demostrar.  
Me gusta imaginarlo así.  
Con diecisiete años,  
parado frente a vos,  
desafiando al tiempo.  
Como si ya supiera algo  
que ustedes todavía no.  
Que hay cosas  
que no se demuestran enseguida.  
Que algunas respuestas  
tardan años.  
Y que a veces es el tiempo  
el que termina poniéndolas  
en su lugar.





# Josecito

En la casa de la calle Bahía Blanca  
el abuelo había inventado un club.  
No sé si tenía nombre,  
camiseta o estatuto.  
Pero tenía chicos del barrio,  
partidos y esa costumbre tan suya  
de convertir un hogar  
en un lugar donde siempre cabe alguien más.  
José jugaba  
en las inferiores de San Lorenzo  
Pequeño problema.  
El abuelo era de Huracán.  
Vos también.  
Pero el amor tiene esas cosas.  
Tiempo después ibas a terminar  
yendo a la cancha de los cuervos,  
embarazada, con un bombo tremendo,  
a verlo jugar.  
Eso vino después.  
Primero el abuelo lo llevó a jugar  
para su equipo.  
Después empezó a quedarse cenar.  
La abuela María Ester  
estaba convencida de que venía por tu hermana.  
Pero José te sonreía a vos.  
Y vos,  
que ya empezabas a entender algunas cosas,  
pensaste:  
Me parece que mamá está equivocada.  
Un día te llamó por teléfono.  
Te avisó que iba a mandarte una carta.  
Y desde esa mañana  
empezaste a esperar al cartero  
como si trajera algo más que un sobre.  
La carta llegó.  
Era una declaración de amor.

José quería saber  
si vos querías ser su novia.  
Le dijiste que sí.  
Durante tres meses  
no hubo un beso.  
Una noche fueron todos a una fiesta  
en la sociedad de fomento.  
Estaban todos.  
La abuela, el abuelo.  
Una multitud.  
y José te agarró de la mano.  
Eso fue todo.  
A veces el amor  
necesitaba muy poco para empezar.  
Después se casaron.  
Vos decís  
que fue una noche hermosa.  
Y cuando pudieron juntar algo de plata  
decidieron que era el momento  
de tener un hijo.  
Querían hacer las cosas bien.  
Y llegó Osvaldo.  
Una habitación preparada para él.  
La ropa. La cuna. Los proyectos.  
Esa manera, un poco ingenua y maravillosa  
que tenemos de preparar una casa  
para el futuro.  
Hasta que una mañana  
tocaron el timbre.  
José había tenido un accidente  
con el colectivo.  
Tenías veinticinco años.  
Cuando llegaste  
todavía estaba vivo.  
Lo miraste  
buscando una explicación.  
No tenía una marca.  
Nada. ¿Qué te pasó?  
Se había roto por dentro.  
Y hay frases

que una dice una vez  
y después pasan toda la vida cayendo.  
José murió.  
Vos te quedaste con Osvaldo.  
Tenías veinticinco años. Osvaldo era un bebé.  
Un bebé que ya no tenía padre.  
Llorabas.  
No sabías cómo seguir.  
Y tampoco había demasiado tiempo  
para averiguarlo.  
Había que darle de comer.  
Vestirlo. Hacerlo dormir.  
Seguir siendo su mamá  
mientras vos tratabas de entender cómo seguías siendo vos.  
Hasta que un amigo de Josecito apareció  
con una propuesta.  
Un trabajo en un banco.  
Puede parecer poco.  
Un escritorio. Un horario. Gente alrededor.  
Pero a veces la vida vuelve  
de las maneras más simples.  
Había que levantarse. Vestirse. Salir.  
Y dejar a Osvaldo con tu mamá.  
Eso no te gustaba.  
Conocías a la abuela María Ester.  
Sabías de su carácter, de su manera un poco dura de querer.  
Y ahora era ella  
la que iba a quedarse con tu hijo mientras vos salías  
a buscar la manera de seguir.  
No era lo que hubieras elegido.  
Pero a veces la vida tampoco pregunta.  
Aprendiste a dejar el dolor unas horas en casa.  
A volver a hablar con gente.  
A volver a reírte alguna vez  
sin sentir que estabas haciendo algo malo.  
Quizás nadie te estaba ofreciendo  
solamente un trabajo.  
Quizás, sin saberlo, te estaban abriendo una puerta.  
Y vos hiciste lo que harías tantas veces después.  
La cruzaste.







# Cuestion de Estado

Durante un año  
papá fue a buscarte al banco.  
Todos los días.  
Vos no querías saber nada.  
Tenías a Osvaldo,  
tenías tu vida,  
y tenías a ese hombre  
que aparecía cada mañana  
con la inexplicable certeza  
de que algún día  
ibas a decirle que sí.  
Pero vos decías que no.  
Y al día siguiente volvía.  
No.  
Y volvía.  
No.  
Y volvía.  
Hasta que dejó de ser  
un problema tuyo  
y pasó a ser  
un problema del banco.  
Ya lo conocían todos.  
Lo veían llegar  
y seguramente pensaban:  
Otra vez Baldana.  
El escribano.  
El loco.  
El tipo que viene  
a buscar a Chiche.  
Me gusta imaginar  
que alguna vez alguien habrá mirado el reloj  
esperando que apareciera.

Porque papá consiguió  
algo extraordinario:  
convirtió enamorarte  
en una cuestión de Estado.  
Tus compañeros  
empezaron a hacer fuerza por él.  
Dale, Chiche.  
Andá.  
Tomate un café.  
Después de un año aceptaste.  
Y a veces pienso en eso.  
En todas las cosas enormes  
que tuvieron que suceder  
para que yo pudiera estar acá  
escribiéndote.  
Una de ellas fue mínima.  
Vos saliendo del banco.  
Papá esperándote afuera.  
Y dos personas  
caminando hacia un café  
sin saber  
que detrás de ellas  
ya veníamos todos.





# Ganarte

En tu casa sabías lo que era  
escuchar a tus padres hablar bajito  
porque la plata no alcanzaba.  
Por eso vos y la tía  
empezaron a trabajar a los quince.  
Changas, trabajos, lo que hubiera.  
Nadie esperaba que las cosas llegaran solas.  
Papá venía de otro mundo.  
Era hijo de Juan Baldana,  
escribano, director y copropietario de El Popular,  
un diario importante de la Olavarría de aquellos años.  
Apellidos, campos,  
una familia acostumbrada a otra vida.  
Y estaba su madre.  
Celia Albornoz Urdampilleta Canevari.  
Cuando Juan, mi abuelo, estaba por irse al más allá,  
papá le había hecho una promesa:  
cuidarla a la abuela Celia para siempre.  
El problema era contarle  
que se había enamorado de vos.  
Una viuda.  
Con un hijo.  
Empleada de banco.  
Papá demoró la noticia  
todo lo que pudo.  
Hasta que hiciste lo que hacías  
cuando algo tenía que resolverse:  
o me presentas, o esto se termina.  
Se casaron casi a escondidas en Uruguay.

Y durante un tiempo papá vivió  
una vida bastante absurda:  
unos días dormía con vos  
y otros volvía a dormir a lo de su madre.  
Hasta que te cansaste.  
Pediste el traslado del banco  
y te fuiste a Mar del Plata.  
Papá fue a buscarte.  
Y de a poco todo encontró su lugar.  
Al principio la abuela Celia  
te miraba de reajo.  
Con esa manera que tenía cierta gente  
de mirar a quien venía del otro lado.  
A veces te atendía mal por teléfono.  
Vos cortabas y llorabas.  
Pero volviste.  
Una vez.  
Otra.  
Las que hicieran falta.  
No discutiste de dónde venías.  
No pediste permiso para estar ahí.  
Simplemente fuiste vos.  
Y un día Celia dejó de mirarte  
de mala manera.  
Después te quiso.  
Mucho.  
Empezó a llevarte con sus amigas.  
A presentarte en esas reuniones  
de señoras de la alta sociedad  
que rondaban los setenta  
mientras vos apenas pasabas los treinta.  
Jugaban a la canasta.

Y ahí estabas vos. La que dejó el banco  
para criar a los hijos y malcriar a Juan Carlos.  
Convertida, de alguna manera,  
en la hija que Celia no había tenido.  
Hasta papá empezó a ponerse celoso.  
Gordita, un batidito.  
Y Celia lo frenaba:  
Poné el culo en esa silla.  
Dejala, que está conmigo.  
Quién hubiera dicho.  
Aquella mujer a la que papá  
no se animaba a contarle  
que quería casarse con vos,  
ahora no quería que te fueras.  
Fueron grandes compañeras.  
Y cuando finalmente Celia se fue,  
sentiste que habías ganado  
aquella vieja pelea.  
No porque hubieras entrado en su mundo.  
Porque ella, al final,  
había entrado en el tuyo.



# Papel Membretado

Papá podía escribirte desde cualquier parte.  
Desde una escribanía, desde una oficina, desde un hotel,  
desde un papel de Ganados S.A.  
O del Ministerio de Gobierno, Justicia y Culto.  
Daba lo mismo.  
En sus manos cualquier membrete oficial  
terminaba siendo una carta de amor.  
Podía organizarte el día, establecer horarios, repartir tareas,  
reglamentar unas vacaciones o exigirte cariño  
con la solemnidad de un decreto.  
Tachar lo que no corresponda.  
Y vos te reías.  
Hace poco te pregunté:  
¿Vos también le escribías?  
Sí.  
¿Y dónde están tus cartas?  
Las rompí.  
¿Por qué?  
Porque me daba vergüenza.  
Claro.  
Las de papá sobrevivieron.  
Las tuyas no pasaron el control de calidad.  
Y leyendo las de él  
uno puede imaginar un poco las que faltan.  
Porque papá podía ser muy formal,  
pero no precisamente inocente.  
Te adoraba.  
Te deseaba.  
Te pedía que lo esperarás.

Amor y erotismo,  
pero redactados por un escribano.  
Hasta para extrañarte  
parecía necesitar papel membretado.  
Creo que una parte de tu amor por él estaba ahí.  
En esa manera un poco absurda  
de hacerte sentir que cualquier cosa  
podía convertirse en una aventura.  
Y la aventura seguía cuando llegaba a casa.  
Papá jugaba con nosotros.  
Era jodón.  
Hacía de cualquier pavada un acontecimiento.  
Y después, su whisky.  
Infaltable.  
Todo preparado por vos.  
La geisha, como decís ahora cuando te acordás.  
Había algo de ceremonia en esa vida.  
Él inventaba el mundo.  
Vos hacías que funcionara.  
Papá vivía en algún lugar dentro suyo  
que nunca se sabía bien dónde quedaba.  
Vos, en cambio, tenías los pies en la tierra.  
Quizás por eso se encontraron.  
Él te empujaba a salir de lo previsto.  
Vos lo empujabas a creer en sí mismo.  
Porque detrás de aquel hombre  
que parecía tan seguro,  
había también alguien que necesitaba  
que le dijeran que podía.  
Y vos se lo dijiste.  
Lo empujaste para que se recibiera de escribano.  
Como el abuelo Juan.  
Ordenaste las cuentas, la casa, los días.  
Le pusiste números a un hombre  
que escribía cartas en los márgenes.

Y él hizo algo parecido con vos.  
Te llenó la vida de una clase de desorden  
que no figuraba en ninguno de tus planes.  
A veces leo sus cartas  
y pienso que están ustedes dos enteros ahí.  
Papá tratando de ordenar el amor con palabras.  
Vos ordenándole la vida  
a ese hombre que parecía caído de Marte.  
Dos mundos que no tenían  
demasiadas razones para entenderse.  
Y sin embargo,  
cada uno tenía justo  
lo que al otro le faltaba.  
Él escribía:  
horarios, instrucciones, recomendaciones, besos.  
Vos hacías que todo eso pudiera existir.  
Quizás por eso te escribió tanto.  
Porque un hombre que encontraba palabras para casi todo  
había encontrado, por fin,  
a quién decírselas.





# No Sabia Parar

Papá nunca podía estar haciendo una sola cosa.  
Podía leer dos libros al mismo tiempo, mirar un partido de Boca,  
comerse una caja de bombones y estar pensando  
en todo lo que iba a hacer después.  
Descansar le parecía una pérdida de tiempo.  
Como si hubiera sospechado algo.  
Como si en algún lugar de su cuerpo supiera  
que la vida le había dado menos horas que a los demás  
y hubiera decidido gastarlas todas juntas.  
Hasta que un día su cabeza dijo basta.  
Un derrame.  
Y ese hombre que había vivido apurado  
tuvo que aprender de golpe la lentitud.  
Las palabras empezaron a faltarle.  
El cuerpo dejó de obedecerle.  
Pero todavía estabas vos.  
En esos últimos días,  
cuando ya no podía decirte algunas cosas,  
encontró la manera.  
Te quería hacer el amor. Vos entendiste.  
Y le dijiste que estaba chiflado.  
Cómo iban a hacer el amor  
si él ya casi no podía moverse.  
Pero papá seguía siendo papá.  
Hasta desde ese cuerpo que ya no le respondía,  
todavía te estaba deseando.  
Y cuando apareció la posibilidad de que aquello no volviera,  
papá señaló el placard.  
Ahí estaba el arma.  
No hacía falta que pudiera hablar.  
Qué loco hermoso.  
Podía aceptar un derrame cerebral.

Lo que no estaba dispuesto a aceptar  
era una vida en la que ya no podía amarte con el cuerpo.  
Y entonces, a los pocos días se fue.  
Demasiado temprano. Vos te quedaste.  
Cinco hijos. Una casa llena.  
El silencio nuevo de alguien que falta  
ocupando más lugar que todas nuestras voces juntas.  
No tuviste demasiado tiempo para caerte.  
Había que levantarnos. Había que alimentarnos.  
Había que seguir.  
Y entonces ocurrió algo que papá nunca llegó a ver.  
Todo aquello que vos habías ordenado mientras él corría  
empezó a sostenerte.  
Las cuentas. Las casas. Las decisiones.  
Esa inteligencia tuya de pensar un poco más adelante  
mientras él quería vivir todos los futuros en una misma tarde.  
Sin saberlo, habías ido dejando piedras  
para cruzar un río que todavía no existía.  
Y cuando el río llegó,  
cruzaste con nosotros. Uno por uno.  
Hasta que pudimos caminar solos.  
A veces pienso que esa fue la última historia de amor entre ustedes.  
Papá pasó la vida queriendo darte el mundo.  
Y fuiste vos  
la que consiguió que el mundo siguiera existiendo  
cuando él ya no estaba.



# Ese Chico

Papá quería un varón  
como quien quiere ganarle una discusión al destino.  
Vos ya tenías a Osvaldo cuando lo conociste.  
Después llegaron Celia, Vicky y Marcela.  
Las quiso con esa manera suya,  
exagerada y un poco imposible de querer.  
Pero el apellido le hacía ruido.  
Baldana.  
Necesitaba imaginarlo después de él.  
Cuando volviste a quedar embarazada  
se convenció de que esta vez sí.  
Y como no soportaba otra respuesta, hizo lo que hacía  
cuando el mundo no le daba la razón:  
se volvió loco.  
Te dijo cosas que todavía duelen.  
Que ese hijo no era suyo.  
Que si era otra mujer, no la llevaras a casa.  
Vos llorabas.  
Y yo, mientras tanto, hacía tiempo adentro tuyo.  
Hasta que nací.  
Varón.  
Me imagino su cara.  
Después de tres hijas y una guerra contra el universo,  
el universo finalmente le daba la razón.  
Había llegado su varón.  
Su apellido.  
Su rey.  
Le duró seis años.  
A mí también.  
Después tuve que conocerlo por vos.  
Por las historias que repetías, por sus locuras,  
por las veces que te hizo reír y las veces que te hizo llorar.  
Por estas cartas que ahora tengo entre las manos

y donde todavía parece estar a punto de volver.  
Pero hay algo que nunca pudiste contarle.  
El rey creció.  
Y tuvo a Luca, a Iván y a Pedro.  
Y después, como te pasó a vos,  
la vida me dio tres amores.  
Con mi tercer amor llegó un chico de dos años, de la mano.  
No sé en qué momento soltó esa mano  
y agarró la mía.  
Sólo sé que un día, Juanchito ya era mi hijo.  
Después nació Mateo.  
Cinco varones, mamá.  
Cinco.  
A papá le hubiera parecido una hazaña.  
A mí me gusta pensar que es algo todavía más grande.  
Porque la sangre importa.  
Es nuestro primer universo.  
Lo que viene de lejos  
y sigue viajando dentro nuestro.  
Pero hay universos que también se eligen.  
Se construyen.  
Se aman tanto  
que un día ya no sabés dónde termina la sangre  
y dónde empieza el amor.  
A veces pienso en papá.  
En el hombre que no supo abrazar del todo a Osvaldo.  
En el hombre que me esperó a mí como si esperara un rey.  
Y me hubiera gustado tenerlo un rato más.  
Lo suficiente para sentarnos los dos frente a él.  
Vos y yo.  
Y decirle:  
mirá, Juan Carlos. Mirá papá  
Acá está tu rey.  
Vino con cinco varones.  
Y uno de ellos  
hizo algo que ni siquiera vos pudiste:  
 eligió nuestra sangre.



# Siempre Cerca

El abuelo tuvo un infarto.

Estabas con él en el hospital cuando una enfermera te avisó que había llegado una visita.

Viste entrar a un hombre flaco, casi pelado, con anteojos.

No lo reconociste.

Él sí.

Te miraba como si entre ustedes no hubieran pasado tantos años.

Te acercaste.

Había algo en esa cara que conocías,  
pero estaba escondido debajo del tiempo.

Hasta que apareció.

¿Roberto?

Otra vez Roberto.

Y digo otra vez porque no era la primera vez que aparecía así.

Muchos años antes, cuando Josecito estaba muriendo,  
lo habías visto llegar por el mismo lugar imposible:  
un hospital.

Tenías veinticinco años.

Estabas rota.

Y de pronto, entre médicos, pasillos

y gente que entraba y salía,

apareció aquel chico al que tu mamá había dicho que no.

Roberto.

No sé qué habrá sido más extraño.

Encontrarlo ese día.

O volver a encontrarlo tantos años después,  
cuando el abuelo estaba internado.

Dos veces.

Dos hospitales.

Dos momentos en los que estabas mirando para otro lado  
porque la vida dolía demasiado.

Y Roberto apareciendo.

Como si supiera.  
Pero después de aquel segundo encuentro  
descubriste algo todavía más extraño.  
Roberto conocía nuestras caras.  
Iba a visitar a tus padres. La tía Nelly también era cómplice.  
Sabía de nosotros.  
Sabía de vos.  
Cuando se enteraba de que estabas por llegar, se iba.  
A veces cruzaba hasta el bar de la esquina y se quedaba ahí.  
A pocos metros.  
Vos podías pasar por la vereda sin saberlo.  
Él podía verte sin acercarse.  
Me gusta imaginarlo ahí.  
No esperando.  
No escondiéndose.  
Simplemente respetando la vida que vos habías elegido.  
Hasta que un día ya no hubo una esquina.  
Ni un bar.  
Ni una excusa para desaparecer.  
Empezaron a verse.  
Primero como amigos.  
Nosotros también empezamos a conocerlo.  
Yo lo quise mucho.  
Nunca sentí que viniera a ocupar el lugar de nadie.  
Quizás porque Roberto sabía  
que algunas historias no continúan donde quedaron.  
Tienen que empezar de nuevo.  
Y la de ustedes empezó así:  
con vos mirando a un hombre casi pelado, con anteojos,  
tratando de encontrar en esa cara  
al chico de diecisiete años  
que una vez te había prometido  
que algún día  
te iba a demostrar quién era.





# Tres Veces

Al final la abuela María Ester se equivocó.  
Roberto no murió joven.  
Aquel corazón que tanto miedo le daba  
siguió latiendo durante muchos años más.  
Los suficientes para estudiar, recibirse de ingeniero,  
desaparecer de tu vida, quedarse cerca sin que lo supieras  
y volver a encontrarte cuando ya habían pasado demasiadas cosas.  
Los suficientes para amarte.  
Y después, él también se fue.  
Tres, mamá.  
Se te murieron tres.  
Josecito.  
Papá.  
Roberto.  
Dicho así parece demasiado.  
Quizás porque lo es.  
Pero hay otra manera de contar la misma historia.  
Vos te enamoraste tres veces.  
Tres.  
No cualquiera.  
Quizás por eso nunca me pareció extraño  
que a mí me pasara lo mismo. Y con los tres, tuve cinco hijos.  
Cinco.  
Como vos.  
Algo tuyo habrá viajado hasta mí.  
Tres amores.  
Tres veces confiaste.  
Tres veces hiciste lugar.  
Tres veces pensaste  
que todavía podía empezar algo.  
Y cuando Roberto murió dijiste basta.

No con tristeza.  
No con bronca.  
Basta de buscar.  
Con estos tres amores alcanza y sobra.  
Después estaban tus hijos.  
Tus amigos.  
Las mesas largas. Las llamadas. Los cumpleaños.  
Y empezaron a llegar los nietos.  
Uno. Otro. Otro más.  
Hasta convertir tu vida  
en ese ruido que tanto te gusta.  
Tal vez sea eso.  
La vida te fue quitando.  
Y vos, de alguna manera,  
seguiste haciendo lugar.  
Porque mientras unas personas se iban,  
otras llegaban.  
Y así llegaste hasta acá.  
Habiendo perdido mucho.  
Pero habiendo amado más.





# La Dulce Terquedad

La abuela María Esther podía dejar de hablarte quince días por una milanesa.

No por la milanesa.

Por las manos.

Estabas cocinando y se te ocurrió hacerlo con los dedos.

¿Cómo vas a hacer eso con las manos?

Se hacen con tenedor.

Y listo.

Quince días.

Vivíamos los tres juntos. Yo tenía diecisiete años

y todavía estaba aprendiendo que entre ustedes el amor tenía reglas  
que venían de otra época.

Vos las aceptabas.

Era tu mamá.

Antes las madres podían ser así.

Y las hijas también sabían querer de otra manera.

Lo extraño es que conmigo María Esther era otra.

En todo el tiempo que vivimos bajo el mismo techo no recuerdo una pelea.

Ni una.

Quizás porque yo aprendí rápido que con la abuela había fronteras  
que no hacía falta cruzar.

Y ella, conmigo, tampoco las cruzaba.

Nos queríamos así.

Sin hacer demasiado ruido.

María Esther era dura.

Terca.

Tan terca que llegó a los noventa y ocho años  
creyendo que tres escalones no podían con ella.

Era sábado.

Habían jugado a las cartas hasta las tres de la mañana en lo de Nélida.

Estaban Osvaldo, Adelco, vos, la abuela

y los que se hubieran prendido esa noche.

Alguien quiso ayudarla a bajar.

Dijo que no.

Claro que dijo que no.

Eran tres escalones.  
Y María Ester era María Esther.  
Se cayó.  
Se rompió la cadera.  
Y esta vez el cuerpo no resultó tan terco como ella.  
Después vino el hospital.  
Los días finales.  
Vos a su lado.  
Una tarde miraba por la ventana mientras le cantabas un tango.  
No sé cuál.  
Pero me gusta pensar en esa imagen.  
La abuela mirando hacia afuera.  
Vos cantándole.  
Y tantos años entre las dos.  
En algún momento te pidió perdón.  
Por haber sido tan dura con vos.  
Tantos años para decirlo.  
Y sin embargo llegó a tiempo.  
Después acercó la boca a tu oído y te pidió algo imposible.  
Que se dieran las dos una inyección.  
Que se fueran juntas.  
Vos le dijiste que no.  
¿Cómo voy a dejar a mis hijos acá?  
Y ahí estaban otra vez ustedes dos.  
María Eshter queriendo decidir hasta cómo irse.  
Y vos diciéndole que no.  
Quién hubiera dicho.  
Después se fue ella.  
Y vos te quedaste.  
Con tus hijos.  
Con nosotros.  
Y con aquellas manos  
que una vez no podían tocar las milanesas  
acariciando ahora  
todo lo que quedó.





# Gracias

Nací antes de tiempo.

Sietemesino.

Me sacaron de vos y pesaba menos que una rana.

Papá se enteró de que era varón y salió gritando por los pasillos.

A vos, en cambio, te alcanzaba con que respirara.

Porque yo podría morirme.

Me pusieron en una incubadora.

No tenía fuerza ni para tomar la teta.

Me alimentaban de a gotitas.

Y vos me mirabas detrás de un vidrio.

Hasta que un día sentiste que si me quedaba ahí, me moría.

Los médicos dijeron que no.

Vos dijiste que sí.

Tuviste que firmar un papel haciéndote responsable.

Y me llevaste a casa.

Después cerraste la puerta de una habitación

y durante meses casi no dejaste entrar a nadie.

Cualquier virus podía ser demasiado para mí.

Así que ahí estuvimos.

Vos y yo.

Yo tratando de aprender a quedarme en este mundo.

Y vos haciendo todo lo posible para que me quedara.

No recuerdo nada de eso.

Pero a veces pienso que el cuerpo recuerda cosa

que la memoria no.

Porque desde que estaba en tu panza, vos y yo nos entendimos.

No hubo nada de peleas.

Ni cuentas pendientes.

Ni esa distancia que a veces aparece entre una madre y un hijo  
cuando los años empiezan a revisar el pasado.

Nosotros fuimos bastante más simples.

Nos caímos bien.

Y nos seguimos cayendo bien. Sé que no todo fue fácil.

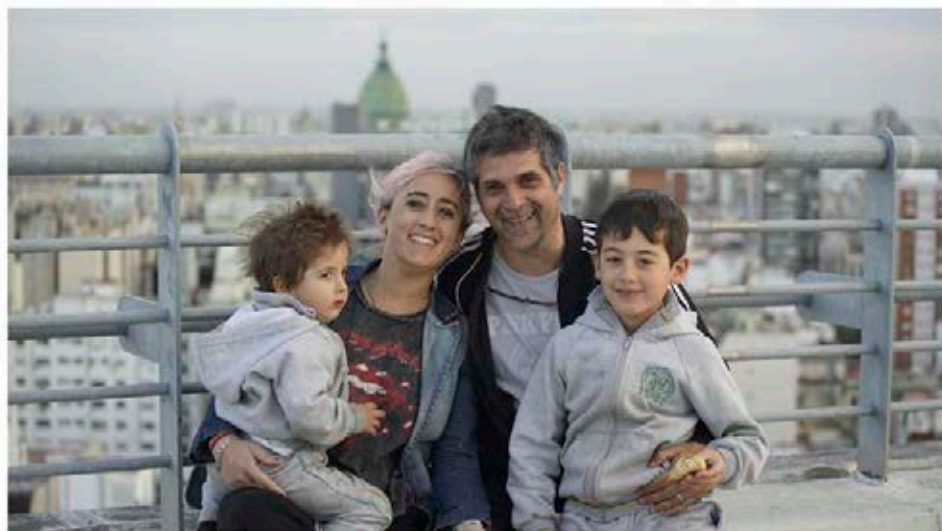
Te quedaste viuda con cinco hijos y una vida que no te preguntó si estabas  
preparada.

Habr  cosas que hiciste bien.  
Otras que no.  
Como cualquiera que intenta sacar una familia adelante  
mientras tambi n trata de sobrevivir.  
Pero conmigo fue distinto.  
Nunca sent  que tuviera algo que perdonarte.  
Quiz s porque siempre pude verte completa.  
No solamente como mi mam .  
Como una mujer que hizo lo que pudo  
con lo que la vida le hab a dejado entre las manos.  
Y a nosotros nos dej  bastante.  
Amor.  
Salud.  
Una casa que, con dificultades, sigui  siendo una casa.  
Y las herramientas para que alg n d a pudi ramos salir  
y ganarnos nuestra propia vida.  
Despu s cada uno hace lo que puede con eso.  
Puede pasarse los a os mirando lo que falt .  
O mirar lo que recib   
y decidir qu  hacer con su parte.  
Yo s  qu  recib .  
Tal vez empez  en aquella habitaci n.  
Vos y yo encerrados.  
Nadie pod a entrar.  
Yo apenas pod a comer.  
Vos apenas pod as dejarme solo.  
Y sin saberlo hicimos nuestro primer pacto.  
Vos ibas a hacer todo lo posible para que yo viviera.  
Y yo, parece,  
iba a entenderte.  
Por eso hoy no tengo ninguna cuenta que pasarte.  
Tengo una vida entera que agradecerte.  
Te agradezco en el alma haberme hecho nacer.  
Y todav a m s,  
haber peleado tanto  
para que pudiera quedarme.











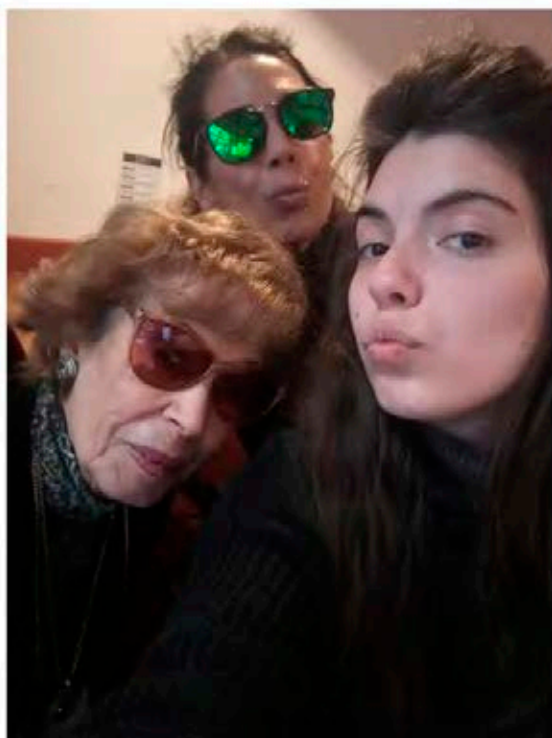


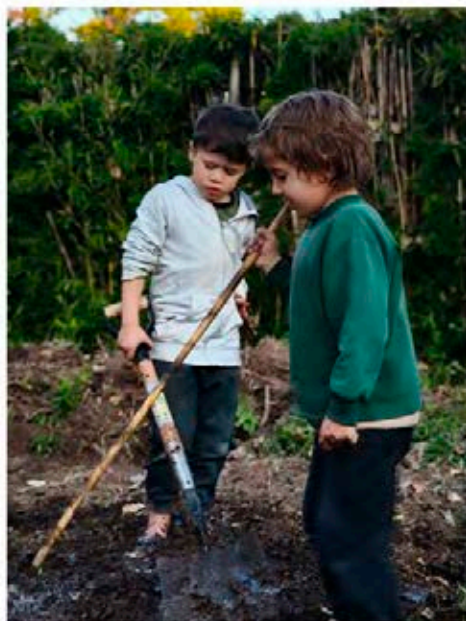
# 93

Tenés noventa y tres años.  
Y no voy a decirte que la vejez es hermosa.  
Porque a veces duele.  
Duele el cuerpo.  
Duele levantarse.  
Duele que el mundo empiece a hablarte más despacio,  
como si los años hubieran ocurrido también dentro de tus oídos.  
Se fueron casi todos de este plano.  
Vivís sola.  
Y estás sola muchas horas.  
Hablás con tus hijos.  
Prendés la tele.  
Escuchás la radio.  
Regás las plantas.  
Y todos los días te tomás una cantidad absurda de pastillas  
para convencer a ese cuerpo milagroso de que siga andando.  
No entiendo cómo no te explota el hígado.  
Pero ahí va.  
Y vos con él.  
Salís cada vez menos.  
Hasta hace unos años venías a casa en colectivo.  
Y te volvías en colectivo.  
Yo quería pagarte un remis.  
Vos no querías.  
No era por la plata.  
Era poder subirte a un colectivo sola.  
Saber dónde bajar.  
Volver a abrir la puerta de tu casa con tu propia llave.  
Mientras pudieras hacer eso,  
todavía mandabas vos.  
Y todavía mandás.  
Decís que querés seguir ahí hasta que la cabeza diga basta.

Después sí.  
Antes no.  
Tu casa.  
Tus cosas.  
Tus plantas.  
Tu radio.  
Tu vida.  
A veces pienso que con los años te parecés cada vez más a María Eshter.  
No sé si te va a gustar que te lo diga.  
Pero esa terquedad también te trajo hasta acá.  
El problema es que vivir tanto tiene un precio.  
Se empieza a vaciar la mesa.  
Se van los amores.  
Los padres.  
Las hermanas.  
Los amigos.  
Nelly. Beatriz. Nene.  
Y tantos otros nombres que para los demás pueden ser solamente nombres,  
pero para vos fueron una vida.  
Quedan Paola.  
Margarita.  
Quedamos nosotros.  
Y quedan los recuerdos.  
Muchos.  
Tantos que a veces me contás lo mismo dos veces.  
O diez.  
Y yo ya sé lo que viene.  
Sé dónde te vas a reír.  
Sé quién se va a morir.  
Sé cómo termina.  
Pero te escucho.  
Porque entendí algo.  
Hoy quizás no tengas demasiadas cosas nuevas para contar.  
Entonces volvés a donde todavía pasan cosas.

A la higuera.  
A la guitarra.  
A Josecito.  
A papá.  
A Roberto.  
A tu mamá.  
A las amigas.  
Y cada vez que volvés, alguien vuelve con vos.  
Por eso quiero escucharte.  
Aunque repitas.  
Aunque yo ya lo sepa.  
Porque algún día voy a querer preguntarte algo  
y vos no vas a estar para contestarme.  
Y entonces sí,  
todo lo que no te haya preguntado  
se habrá perdido para siempre.  
A veces les digo a mis hijos que vayan a verte.  
Después me acuerdo de mí yendo a visitar a la abuela.  
De sus huevos rellenos.  
De esas tardes que en ese momento parecían una tarde más.  
Y entendí que no puedo obligarlos.  
Cada uno quiere como puede.  
Cada uno llega cuando le nace.  
Yo sólo sé lo que me pasa a mí.  
Voy a extrañarte.  
Mucho.  
Y que mientras estés acá  
prefiero escucharte contarme diez veces la misma historia  
antes que pasarme el resto de mi vida  
queriendo escucharla una vez más.







# Quando Me Vaya

Fuiste clara cuando me dijiste  
qué querías que hiciéramos cuando te fueras.

Lo dijiste así,  
como quien organiza una comida  
o deja anotado dónde están las llaves.

“Yo me voy muy contenta.

Sin rencores.

Sin tener nada con nadie.

Está todo muy bien.”

Y después diste instrucciones.

Nada de caras largas.

Nada de llorar demasiado.

Que vayamos todos.

Que brindemos.

Que chupemos.

Que bailemos.

Y que en algún momento  
levantemos una copa y digamos:

“¿Viste, vieja?

Estamos acá todos contentos.”

No sé si vamos a poder  
obedecerte del todo.

Lo de brindar, seguro.

Lo de bailar, probablemente.

Lo de no llorar va a ser más difícil.

Pero me gusta que quieras irte así.

Después dijiste que, cuando llegues,  
vas a averiguar cómo es allá.

Y que después me vas a contar.

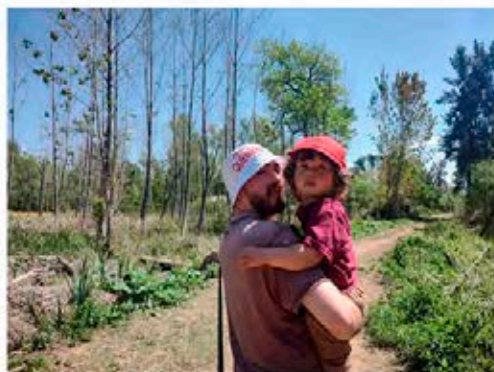
Como si la muerte fuera apenas  
otro de tus viajes

y nosotros nos quedáramos esperando  
que llames para avisar que llegaste bien.

También te pusiste a pensar  
por qué estamos acá.  
Dios.  
Un ser superior.  
El cosmos.  
Una molécula.  
“Pero ¿quién puso la molécula?”, preguntaste.  
Y me causó gracia porque,  
a los noventa y tres años,  
seguís haciendo lo mismo:  
escarbando.  
Escarbando y escarbando  
hasta llegar a la primera pregunta.  
A esa que nadie pudo contestar.  
De chica te habían enseñado otra cosa.  
Adán y Eva.  
Y durante mucho tiempo alcanzó.  
Hasta que creciste  
y empezaste a hacer cuentas.  
“Pero si eran Adán y Eva nada más,  
¿los hijos se acostaban con los padres?  
¿Y después los hermanos entre ellos?  
¿Qué es esto?”  
Tantos años de catecismo  
para terminar encontrándole  
un problema bastante serio  
al principio de la humanidad.  
Quizás por eso ahora  
dejás abiertas todas las posibilidades.  
No sabés.  
Nadie sabe.  
Pero entre todas esas preguntas  
dijiste una cosa que me quedó:  
“Venimos de un amor, por lo pronto.”

Y después de pensar tanto  
en lo que hay antes,  
en lo que habrá después  
y en todo lo que nadie sabe,  
dijiste algo mucho más sencillo:  
“Estamos acá.”  
Y quizás de eso se trate.  
Porque después de darle tantas vueltas  
a la famosa molécula,  
terminaste hablando de la vida.  
“Sean felices.  
Sean muy felices.  
Eso es lo más lindo que pueden hacer.  
Disfruten de la vida.  
Tiene sus cosas malas y sus cosas buenas.  
Pero es linda la vida.”  
Y creo que ésa es la única instrucción  
que nos dejaste  
que no tenemos derecho a desobedecer.







# Nos Vemos

Vos siempre creíste.

Yo no.

Durante muchos años pensé que esto era todo.

Que nacíamos, vivíamos un rato

y un día el corazón dejaba de latir.

Fin.

A vos te alcanzaba con Dios.

Yo necesitaba entender.

Supongo que cada uno encuentra su manera.

Después la vida empezó a ponerme algunas preguntas más adelante.

El cáncer.

La malaria.

Dos veces estuve bastante cerca de saber

si tenía razón.

Y por suerte volví sin averiguarlo.

Pero algo cambió.

Empecé a mirar hacia lugares

que antes ni siquiera me interesaban.

A escuchar a personas que estuvieron muertas unos minutos y volvieron.

A médicos que se animaron a preguntarse

si la conciencia termina realmente en el cerebro.

A científicos que todavía no tienen una respuesta.

Y cuanto más busco, menos seguro estoy de aquella vieja certeza

de que después no hay nada.

Ahora pienso otra cosa.

Pienso que quizás somos mucho más

que este cuerpo que nos lleva durante un tiempo.

Que hay algo que no sé nombrar.

Conciencia.

Alma.

Energía.

Dios.

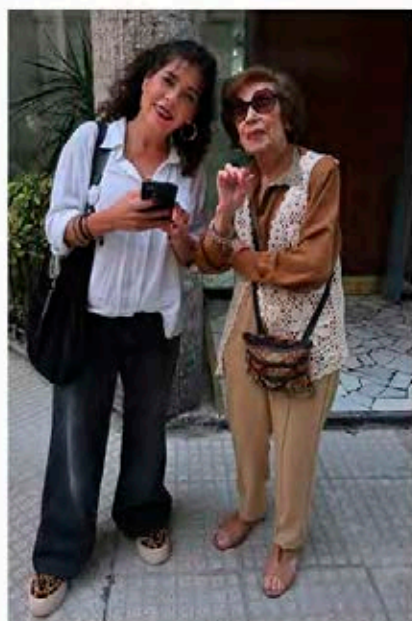
Qué importa el nombre.

Quizás por eso estoy escribiendo una película  
sobre algo que no tiene nombre.  
Quizás por eso estoy escribiendo una película  
sobre algo que no tiene nombre.  
Quizás por eso estoy haciendo otra  
que se pregunta si la muerte es una ilusión.  
Tardé bastante, madre.  
Pero parece que después de dar toda la vuelta  
terminé acercándome un poco más a vos.  
Vos tampoco sabés qué hay después.  
Dejás abiertas todas las posibilidades.  
Yo tampoco sé. Y me gusta no saberlo.  
Pero ya no creo que el día que tu corazón deje de latir  
vos desaparezcas.  
Tu cuerpo sí.  
Ese cuerpo milagroso de noventa y tres años  
que aguantó amores, hijos, pérdidas, dolores, pastillas, risas  
y una cantidad bastante indecente de vida.  
Ese cuerpo algún día va a decir basta.  
Y estará bien.  
Pero vos...  
No sé.  
Me cuesta creer que puedas terminar ahí.  
Tal vez porque se te fueron demasiadas personas  
como para imaginar que todas simplemente dejaron de existir.  
Josecito.  
Papá.  
Roberto.  
Tus padres.  
Tu hermana.  
Tus amigas.  
Y Lara.  
Lara se fue demasiado temprano.  
Treinta y seis años.  
Hay edades para las que uno puede inventar alguna explicación.  
Treinta y seis no.

Otra, en el Botánico.  
Como si hasta después de irse  
Lara hubiera encontrado la manera de quedarse en más de un lugar.  
Marcela la visita ahí.  
Adrián la lleva con él de otras maneras.  
Y Vicky sabe bien lo que fue estar cerca  
cuando estar cerca era lo único que se podía hacer.  
Nosotros plantamos un roble.  
Ahora donde hubo una despedida  
hay algo creciendo.  
Ramas. Hojas. Sombra.  
Vida.  
Hace poco te pregunté si no querías que algún día  
tus cenizas estuvieran ahí también.  
En un lugar nuestro.  
Donde vienen tus hijas.  
Donde estamos nosotros.  
Luca, Iván, Pedro, Juancho, Mateo, Carola, Lara.  
Tus siete nietos.  
Y Quillén. Tu bisnieta.  
Como si la vida, mientras se lleva a algunos,  
no pudiera dejar de traer a otros.  
Nuestro pequeño pedazo de mundo.  
No como un cementerio.  
O quizás sí.  
Pero uno sin mármol.  
Sin paredes. Con árboles. Con viento.  
Con nosotros caminando alrededor.  
Me gusta imaginar que algún día voy a pasar junto al roble de Lara  
y habrá cerca otro árbol que me haga pensar en vos.  
Pero tampoco voy a confundirme.  
Vos no vas a estar ahí.  
Ahí estará lo que quede de tu cuerpo.  
Vos, espero, estarás en otra parte.  
Y quizás para entonces ya hayas descubierto  
lo que yo todavía estoy tratando de entender.  
Quizás te encuentres con todos.

Quizás te encuentres con todos.  
Quizás vuelvas a tener diecisiete años.  
Quizás Josecito vuelva a agarrarte de la mano.  
Papá aparezca con una de sus cartas absurdas.  
Roberto finalmente pueda demostrarte  
que tenía todo el tiempo del mundo.  
La abuela María Esther siga dando órdenes.  
Lara se ría de nosotros.  
No lo sé.  
Pero me gusta pensarlo.  
Durante años vos tuviste fe  
y yo tuve preguntas.  
Ahora tengo algo que se parece bastante a la fe.  
No la tuya.  
La mía.  
Creo que la oscuridad y la luz no son enemigas.  
Una necesita de la otra  
para que podamos ver.  
Creo que morir puede ser algo parecido.  
Apagarse de este lado.  
Y quizás encenderse en otro.  
Por eso, cuando llegue el momento,  
no quiero despedirme de vos.  
No voy a decirte adiós.  
Después de todo lo que me contaste,  
después de todo lo que vivimos,  
sería demasiado definitivo.  
Prefiero decirte lo mismo  
que le decimos a alguien que queremos  
cuando sabemos que vamos a volver a encontrarlo.  
Nos vemos, mamá.  
Nos vemos.





# Ahora, Chiche

Para tus 85 años quisimos hacerte un video sorpresa.  
Pero había un problema:  
había que entrevistarte sin que sospecharas nada.  
Así que te dije que Juancho necesitaba hacer un video para el colegio.  
Te sentaste frente a cámara y me contaste tu vida.  
Yo te entrevisté. Iván la editó.  
Vos nunca te diste cuenta.  
La idea era hacer un cortometraje.  
Terminó durando casi cuarenta minutos.  
Y el día de tu cumpleaños, en el salón,  
descubriste para qué habían sido realmente todas aquellas preguntas.  
Fue emocionante.  
Para vos. Para nosotros.  
Para todos los que estaban ahí.  
Ocho años después,  
la historia se repite de otra manera.  
De adolescente escribía poesías.  
Después dejé de hacerlo.  
Y tantos años más tarde volvieron.  
Para vos.  
Yo las escribí.  
Iván les dio forma en estas páginas.  
Antes fue una película.  
Ahora es un libro.  
Y en los dos está la misma idea:  
guardar un poco de tu historia.  
Si después de leer estas páginas alguien  
quiere conocerte un poco más,  
acá puede escucharte contarla con tu propia voz.  
La película de tus 85 años.



# La película de tus 85 años



18/09/2026 Buenos Aires - Argentina

# Glosario

## ACTO 1

|                  |   |
|------------------|---|
| -MADRE-----      | 1 |
| -ACA Y ALLA----- | 2 |
| -GUITARRA-----   | 5 |
| -LA NEGRITA----- | 6 |
| -CONTAME-----    | 8 |

## ACTO 2

|                          |    |
|--------------------------|----|
| -ALGUN DIA-----          | 12 |
| -JOSECITO-----           | 16 |
| -CUESTION DE ESTADO----- | 22 |
| -GANARTE-----            | 26 |
| -PAPEL MEMBRETADO-----   | 30 |
| -NO SABÍA PARAR-----     | 35 |
| -ESE CHICO-----          | 38 |

## ACTO 3

|                          |    |
|--------------------------|----|
| -SIEMPRE CERCA-----      | 41 |
| -TRES VECES-----         | 45 |
| -LA DULCE TERQUEDAD----- | 49 |
| -GRACIAS-----            | 53 |

## ACTO 4

|                      |    |
|----------------------|----|
| -93-----             | 61 |
| -CUANDO ME VAYA----- | 67 |
| -NOS VEMOS-----      | 73 |
| -AHORA CHICHE-----   | 79 |

Hay vidas que no necesitan grandes acontecimientos para volverse extraordinarias.

Alcanza con haber vivido.

Haber amado tres veces. Haber perdido. Haber vuelto a empezar. Haber criado hijos, guardado cartas, despedido personas queridas, contado las mismas historias hasta convertirlas en parte de una familia.

Chiche atravesó casi un siglo haciendo algo que quizás sea mucho más difícil que cualquier hazaña: seguir.

Con sus certezas y sus contradicciones. Con su memoria y sus olvidos. Con las personas que se fueron y las que llegaron después. Con esa curiosidad intacta que, a los noventa y tres años, todavía la hace preguntarse por qué estamos acá y qué habrá después.

Este libro está hecho de pequeñas escenas de esa vida.

De cosas que pasaron hace mucho y todavía siguen pasando cada vez que ella las cuenta.

Y de la mirada de un hijo que, después de tantos años de escuchar esas historias, descubrió que también eran un poco suyas.

Quizás por eso quise escribirlas.

Para que algunas cosas no se vayan del todo.

Para que algo de ellas quede en sus nietos, en sus bisnietos y en los que vengan después.

*Juan Baldana*